

El Filósofo Francés Henri Bergson

Por FRANCISCO GARCIA CALDERON

Francisco García Calderón es uno de los pensadores de la América Española más bien informados y de mayor seriedad intelectual. De un estudio suyo, escrito en el estilo amable y claro del gran escritor peruano, entresacamos las siguientes apreciaciones acerca del filósofo Enrique Bergson. Bergson constituye una de las figuras más relevantes del pensamiento filosófico de todos los tiempos. La influencia del bergsonismo en los ambientes contemporáneos ha sido muy considerable, significando una de las fuerzas que más poderosamente han contribuido a enjuiciar al intelectualismo positivista sostenido por el gran filósofo Augusto Comte, durante la primera mitad del siglo pasado. En la actualidad el positivismo se encuentra filosóficamente ya en descrédito.

BERGSON es el primer metafísico de Europa. Así se piensa aquí en los círculos filosóficos; así me lo decía, en una reunión de profesores y sabios, un anciano muy simpático, Georges Sorel, el defensor del "marxismo" en Francia, el socialista convencido y teórico. La influencia de Bergson se extiende en Francia, en Estados Unidos, en Europa, sobre las nuevas generaciones, con extraordinario poder sugestivo, con ardor de proselismo. Fouillée ya agobiado por la inaudita labor de una vida gloriosa, deja el cetro metafísico a este hombre, que, en tres volúmenes, ha transformado el pensamiento contemporáneo.

Vive en Auteuil, barrio poético de lindas villas, el gran profesor. Pero no es allí un solitario, alejado del tumulto urbano, para pensar libremente. Enseña en el Colegio de Francia, es miembro del Instituto, se asocia al movimiento de las ideas, a la florecencia de nuevas juventudes, al pensamiento extranjero, al arte universal. Medita, a la manera platónica, en una villa siempre bella, severa con la desnudez invernal de los árboles oscurecidos; riente, amorosa, en otoño, en primavera, bajo la caricia del ambiente puro, bajo el toque franco del sol. Allí lo he conocido, y en tantas conversaciones sobre cosas graves, sobre cosas inquietantes, he sentido el placer de admirar, que es lo único que da valor a la vida, y que nos levanta sobre las puerilidades del egoísmo y las miserias de la lucha humana.

Se puede decir de Bergson que es un hombre sugestivo: lo es en sus charlas, lo es en la cátedra; tiene un don verbal prodigioso. Habla con esa elocuencia, hecha de vida interior, de rumor de ideas, de calor de alma, que persuade y conquista, sin esfuerzo, sin reserva. Con el sentir de Pascal, buscáis en él al profesor, al filósofo, y encontráis al hombre. ¡Y qué palabra la suya tan preciosa, tan artística! Cada lección es una armonía; las frases van sucediéndose, obe-

dientes a un ritmo interior. Yo lo he oído en el Colegio de Francia, exponer a Spencer, exponer a James, como psicólogo o como metafísico; y no creo que se pueda revivir, con tal brío, con tal superioridad mental, el pensamiento ajeno. Se le sigue con pasión, en una hora de intensos goces espirituales. Se establece entre maestro y discípulo la cadena magnética de que habla Platón; se corresponden en todos los oyentes las mismas vibraciones cerebrales; la idea pura, el esfuerzo dialéctico, la suprema síntesis, adquieren calor vital, y estalla un aplauso convencido, unánime, cuando calla ese hombre que ha levantado a sus discípulos sobre lo individual y lo efímero en sublime viaje inolvidable.

Este año comenta Bergson las grandes tesis de la psicología de Spencer. Ultimamente, le ví criticar la célebre teoría del origen del conocimiento, en Spencer, no sólo con argumentos de psicólogo, sino de biólogo; discutiendo la fatalidad de la herencia de cualidades adquiridas, recordando la distinción de Weissmann, entre el plasma y el soma; reduciendo a justos términos la pregonada experiencia de la raza, base del evolucionismo. También explica Bergson, en otra hora, admirablemente, con originalidad profunda, las doctrinas sobre el sentimiento del esfuerzo, desde Maine de Biran hasta William James.

La originalidad del filósofo francés está en una nueva posición del problema filosófico; él abandona el intelectualismo clásico, el espiritualismo incoloro, el positivismo científico, para buscar en la intuición psicológica, en el rol de la imaginación y del sentimiento, en la experiencia interior, interpretada íntimamente, subjetivamente, fuera de las categorías kantianas, la base de una nueva doctrina metafísica. Ni el análisis de Condillac, ni la crítica de Bain o de Hamilton o de Hume agotan el contenido de la vida interior. Sensualistas e idealistas han aplicado a su obra un criterio especial, analítico, lógico, mecánico. Han visto las cosas por fuera, con imágenes y comparaciones del mundo exterior; han querido introducir lo discontinuo en lo continuo, lo homogéneo en lo heterogéneo, la causalidad mecánica en la originalidad interior. Se impone, pues, una nueva filosofía, separada del espacio, que comprenda y explique el devenir en el tiempo no como contraposición de partes materiales, sino como indeterminada sucesión de fenómenos que tienen una lógica propia, donde no puede regir la identidad absoluta del viejo Parménides.

Fácil es descubrir en tal germen consecuencias de alto valor filosófico. Bergson ha hablado del yo profundo, en que se revela libertad, de la memoria pura, opuesta a la memoria espacial y a la memoria-imagen. Sus doctrinas son la consagración de un nuevo idealismo, no lógico, como el de Hegel, sino psíquico, interior, fundado en los datos inmediatos de la conciencia. En su ingeniosísimo libro sobre la risa, Bergson ha probado que el sentimiento de lo cómico nace del contraste percibido entre el automatismo de una acción, de un gesto, de una situación, y la idea de espontaneidad de la vida, que todos en-

contramos en nuestra conciencia profunda. En el último y magistral libro de William James, sobre la experiencia religiosa, hay ideas que se armonizan con el pensamiento de Bergson. Los grandes fenómenos de la conversión religiosa, del misticismo, de la revelación interior y alucinatoria, se deben, según el psicólogo norteamericano, a un yo subliminal (yo profundo, diría Bergson), que hace irrupciones en el dominio de la conciencia, que explica muchas creaciones geniales; y ese yo subliminal es, probablemente la concentración en cada uno de nosotros de la conciencia universal, de la energía cósmica, que suponen los metafísicos, y hasta los agnósticos como Spencer. Con esta nueva teoría, el esfuerzo de Bergson adquiere consecuencias religiosas, que aquí, en Francia, preocupan a católicos y protestantes.

La nueva obra que publicará dentro de poco Bergson, es una extensión de su filosofía, una crítica de la idea biológica de vida. He conversado con el gran maestro de este nuevo libro, y conozco sus caracteres principales. Dice este profesor del Colegio de Francia, que su teoría parte de un principio general. En todos los grandes períodos de actividad filosófica, la ciencia dominante ha impreso su huella exclusiva al pensamiento especulativo. En la Grecia, fue la matemática, entendida en sentido genérico. La geometría dominó en todas partes; Pitágoras creó un álgebra metafísica; y el mismo Aristóteles construyó una lógica fundada en el concepto de cantidad, en categorías matemáticas. Un silogismo es la traducción de un principio geométrico, de las circunferencias envolventes. Y esto me lo explicó Bergson largamente, renovando el concepto antiguo de la historia de los sistemas filosóficos. La teología medioeval fue matemática a través de su herencia griega, alejandrina, plotiniana. Después del Renacimiento y de la renovación científica, cuando la física es la ciencia dominante, la filosofía, con Descartes, pasa del estudio de los juicios lógicos de cantidad, a los juicios de causalidad, de conveniencia, de consecuencia, a pesar del alto rango que las matemáticas ocupan en la filosofía cartesiana. Y desde fines del siglo XVIII y en todo el siglo XIX, con las ciencias naturales, es la biología la base de la filosofía, de la ciencia social, de la política. Pues bien, me decía resueltamente Bergson, este ciclo no está agotado. Se ha interpretado parcialmente el acervo científico. Yo acepto el concepto determinista de la vida, establecido por Claudio Bernard; acepto la idea de evolución. Pero, creo que la vida es más que un fenómeno mecánico, que la filosofía puede establecer el papel de la espontaneidad, de la indeterminación en el dominio biológico, según las ideas que usted leerá en mi libro. Hay aquí, entre los hombres de ciencia, aunque sean tan ilustres como el Gran Giard, tan fecundos como Le Dantec, un materialismo cerrado y dogmático que Bergson condena; contra él va este libro, que inquieta hoy a todos los filósofos, y que provocará, seguramente, grandes discusiones y grandes entusiasmos.

Cuando se ve a Bergson en su gabinete, en medio de sus libros, y se le oye hablar largamen-

te, elocuentemente, de estos problemas, se siente la impresión de quien ha llegado a una cumbre, desde la cual se contempla la novedad de los horizontes desconocidos. Y se admira, sobre todo, la fuerza intelectual unida a la modestia, la conciencia que tiene un gran cerebro de su poder y de sus límites. Sí, le oí decirme una vez, cuando se llega a estas cuestiones íntimas, se siente su complicación, su novedad y su grandeza; nada nos revela según nuestras limitaciones como el estudio filosófico. ¿Quién sabe, si antes de morir, no podré yo decir todo lo que pienso y terminar mi obra?—Algo de grave, algo de serenamente melancólico, se nota en estos pensadores, inquietados por los problemas de la vida, de la moral y del destino.

Cree el profesor que Francia y Estados Unidos tienen hoy la hegemonía filosófica; que en ambos países, impera un gran esfuerzo unido a una originalidad positiva; y que, en Alemania, sólo Wundt, y más el filósofo de Leipzig que sus discípulos, hace obra original, de psicólogo, de sociólogo y de metafísico. La psicología es hoy ciencia francesa y norteamericana.

Y tiene fe en la resurrección del idealismo filosófico. Su obra es una forma de este nuevo movimiento. Y es bella, convencida, artística. Me refería Sorel que Benedetto Croce, el célebre pensador italiano, le había dicho que la filosofía de Bergson dominaría en Italia, fatigada ya del empirismo alemán y enemiga del racionalismo francés, espiritualista o cartesiano. En Alemania, en Jena, tiene prosélitos la nueva doctrina. En Estados Unidos, James y otros filósofos la aceptan o la completan. En Inglaterra, hay un fermento de idealismo, una herencia de Hegel, con Bradley, con Andrew Seth, que, como reacción contra Spencer, puede inclinarse en el sentido de Bergson. Es grande el porvenir de la nueva filosofía. Alguien ha dicho que el libro de Bergson sobre "los datos inmediatos de la conciencia" tendrá la misma importancia que el discurso del Método de Descartes. Después de tanto análisis, de la magna obra de los laboratorios, de los estudios biológicos, de los nuevos descubrimientos en el dominio de la célula nerviosa, con Cajal y Golgi, en el estudio de la interdependencia de lo psíquico y de lo físico, con Flechsig se impone una síntesis, una metafísica, una nueva doctrina del espíritu y de la vida. Bellos tiempos llegan para este esfuerzo, para ese supremo ejercicio de la facultad de abstracción, "creadora de filosofías y religiones", según Taine, único principio que, según él, nos diferencia del bruto, nos separa del instinto y nos devuelve nuestra conciencia de hombres.

El Alma de España

P o r H A V E L L O C K E L L I S

Sin ninguna limitación partidista, y después de frecuentes viajes —encuentros con el alma de España— el fino espíritu de HAVELLOCK ELLIS produjo un profundo y noble libro consagrado a su